

*Víctor L. Urquidi, Vicente Sánchez
y Eduardo Terrazas*

Perspectivas y alternativas de América Latina ante los problemas mundiales

I. MARCO CONCEPTUAL

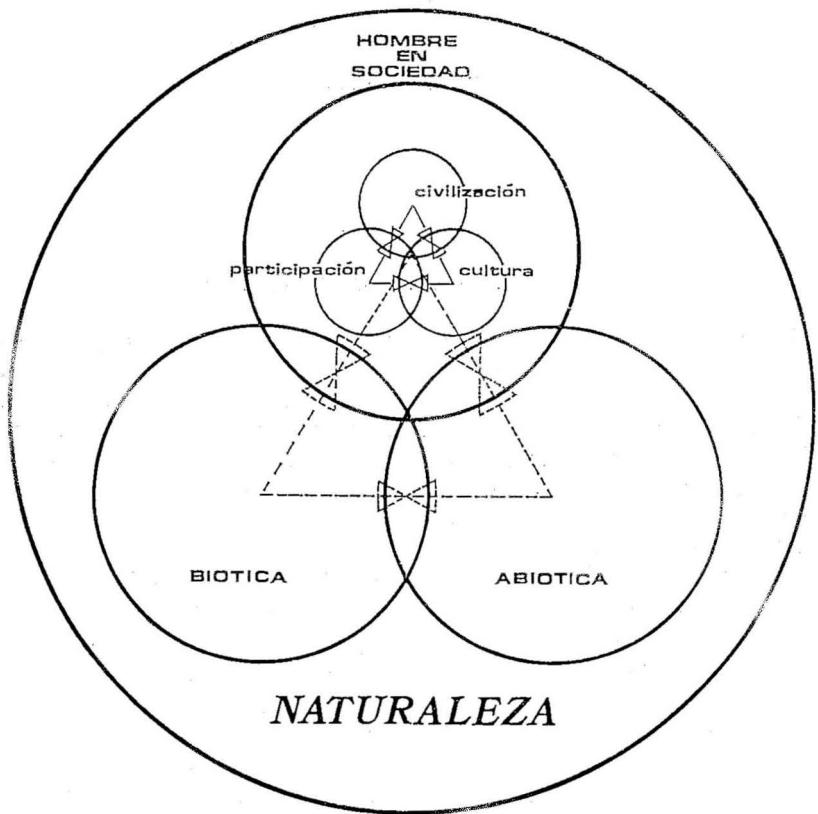
El objetivo de este trabajo es presentar algunas ideas y comentarios sobre las perspectivas de América Latina y algunas de las alternativas a las que podría optar, en el enfrentamiento y resolución de su situación particular, en función de la problemática mundial. No pretendemos formular o reformular teorías y explicaciones causales sobre la gestión y dinámica de la crisis global que amenaza al mundo de hoy. En todo caso, parece conveniente describir brevemente algunas premisas que informan nuestro pensamiento y las características de los niveles de desagregación con que operamos al aproximarnos al tema de las interrelaciones globales.

Nuestra premisa básica es que la articulación del hombre (en sociedad) con la naturaleza se ha hecho cada vez más inadecuada. El hombre es parte integral de la naturaleza, hecho que se ha olvidado progresivamente. En la medida en que la sociedad se ha ido haciendo más compleja y omnipresente, se ha producido una creciente enajenación del hombre en relación al sistema natural del cual proviene y es aún parte. Esto ha afectado cada vez más la articulación sociedad-naturaleza, lo que se ha expresado en una serie de "crisis" (ambiental, alimentaria, energética, poblacional, etc.) que no constituyen sino diferentes facetas de la crisis global.

Con fines analíticos desagregamos el sistema natural en biótico y abiótico y el sistema social en civilización, cultura y participación (ver figura). En esta presentación no entraremos en mayores detalles sobre el sistema natural y sólo lo usaremos como un referente

*Los autores son miembros del Centro Tepoztlán, México. Este trabajo fue preparado como contribución de dicho Centro a la Conferencia del Club de Roma sobre: "Alternativas para la Humanidad: La Misión de la América Latina", organizada por la Asociación Civil Orinoquia, los días 16-19 de junio de 1981, en Caracas, Venezuela, y se publica en Estudios Internacionales por especial autorización de sus autores y del Club de Roma.

fundamental. A continuación, sólo definiremos los niveles de desagregación del sistema social con que operamos.*



a) *Cultura* es la noción que se refiere a los valores morales, intelectuales y estéticos que dan sentido y cohesión a una sociedad.

b) *Civilización* es la noción que indica el desarrollo de la producción, estrechamente ligada a la educación, a la creación del

*Estamos conscientes que los términos para denominar los niveles de desagregación que utilizamos en nuestro análisis, particularmente cultura y *civilización*, no coinciden con el uso habitual que a ellos se les da en las ciencias sociales en los últimos años. Los hemos utilizado, sin embargo, con el significado que anotamos, porque en algunos seminarios realizados por el Centro Tepoztlán en los últimos meses, ha habido un planteamiento mayoritario entre los participantes para darles el significado que anotamos arriba en su definición y no los usuales. En todo caso, es perfectamente posible, para quien lo prefiera, entender por cultura, la dimensión valórica-ideológica; por *civilización*, la dimensión económico-social y sus diversos componentes (ciencia, tecnología, sistemas productivos y administrativos, etc.) y por participación, la dimensión política.

conocimiento científico y tecnológico y a las formas nacionales de organización administrativa y social.

c) *Participación* define el horizonte político, la relación entre autoridad y pueblo, entre Estado y sociedad, así como también entre los grupos sociales.

La observación superficial muestra que hoy en día es posible identificar elementos de crisis dentro de cada uno de estos componentes del sistema social. Más aún, es posible comprobar grados variables de dificultad y contradicción en las relaciones y articulaciones de estos componentes entre sí. De alguna manera la rápida evaluación y cambio que se ha ido produciendo en uno u otro de los componentes, y que no siempre corresponden a los cambios de los demás, atentan contra la posibilidad de una articulación fácil entre ellos. Por otra parte, como hemos mencionado, este sistema social con elementos críticos en su propio funcionamiento se articula inadecuadamente con la naturaleza. Esta articulación es, por lo demás, fundamental para lograr un desarrollo sostenido de la humanidad a largo plazo.

Pudiera afirmarse que siempre ha sido posible identificar estos elementos de crisis en las interrelaciones mencionadas. Lo que parece cualitativamente nuevo, en la hora actual, es que esta vez la crisis amenaza con ser definitiva, tanto por la degradación ambiental progresiva acoplada al aumento de la población como por la capacidad del hombre para causar su propia destrucción por medio del holocausto nuclear.

Agreguemos a esto que los sistemas sociales y políticos y las formas de cooperación internacional no parecen ser capaces de afrontar ni interna ni internacionalmente, como tampoco en el nivel regional o subregional, la magnitud y la complejidad de sus problemas básicos, ya sea a corto plazo o a mediano plazo y mucho menos se vislumbran soluciones a largo plazo.

2. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE AMÉRICA LATINA

Teniendo presente la problemática global señalada, es necesario evaluar, aunque sea en forma aproximativa, algunos de los elementos que caracterizan a América Latina en el momento actual. Estos podrían representar ventajas o desventajas para las perspectivas de la región en el futuro.

Es posible plantearnos —aunque eso signifique pensar con los deseos— que estas perspectivas se materialicen en la formación de proyectos alternativos, que no sólo permitan hacer frente a la problemática de la región, sino que sirvan también como sugerencias o modelos viables para afrontar la situación global.

Debemos advertir que en la selección, formulación y comentarios

de los elementos característicos de América Latina que presentamos se ha tenido presente lo siguiente:

a) no se pretende ser exhaustivo y señalar todos los elementos que caracterizan a la región.

b) los diversos elementos se presentan agrupados más o menos arbitrariamente, de acuerdo con el esquema conceptual esbozado previamente;

c) todos ellos implican una comparación de la situación de América Latina frente al resto del mundo. Por ello, es evidente que algunos significan ventajas, en tanto representan comparaciones con otras regiones del Tercer Mundo, pero pueden no ser tales si la comparación se hace en el Primer Mundo o con el Segundo;

d) todos los elementos que se mencionan son generalizaciones referidas a la región como conjunto. Por lo tanto, algunas aseveraciones que se hacen no son ciertas si se aplican a alguna subregión o nación dentro del conjunto;

e) al seleccionar los elementos que se mencionan, se ha tenido presente que podrían facilitar o dificultar la superación de la situación problemática actual y no se ha pretendido hacer un análisis que intente explicar lo ocurrido hasta ahora;

f) finalmente, en la selección de elementos se ha tenido muy presente que el punto de partida para cualquier perspectiva futura es la situación actual de estrecha interrelación e interacción en el mundo, de la cual no parece posible abstraerse, ni realista ignorarla.

2.1. *Características relativas al sistema natural*

2.1.1. *Riqueza actual y potencial en fuentes de energía.* América Latina en su conjunto posee una dotación de combustibles fósiles, particularmente petróleo, que es suficiente para su consumo previsible hasta fin del siglo y un período posterior razonable. Las fuentes de potencial hidroeléctrico son de enorme importancia y no más del 50% de ellas están siendo utilizadas. Por otra parte, si se considera la posibilidad de utilización futura —a mediano plazo— de las llamadas fuentes alternativas de energía, la región cuenta con una reserva de biomasa (por ejemplo, la Amazonia, la Orinoquia y los ecosistemas tropicales en general) de gran extensión e importancia. Algo similar cabe decir respecto de la radiación solar, que es abundante y regular en una parte considerable de la región, lo que muy probablemente permitiría su aprovechamiento para diversos usos. En los últimos dos casos hace falta resolver problemas tecnológicos, en un caso para no devastar y degradar los ecosistemas y en el otro para bajar los costos de explotación que son actualmente muy altos. Mencionamos por fin las fuentes geotérmicas para la producción de energía, que comienzan a utilizarse exitosamente y que prometen convertirse, por lo menos en parte de la región, en fuente alternativa de alguna importancia potencial para el futuro.

2.1.2. *Situación alimentaria actual y potencial.* En la actualidad cerca del 40% de la población latinoamericana habita en países deficitarios en alimentos. Estos déficit se pagan con petróleo en algunos casos, a expensas de importación de bienes de inversión en otros, o mediante dádivas y créditos blandos que aumentan la dependencia respecto a los grandes exportadores de granos o reducen la capacidad nacional para obtener crédito internacional para el desarrollo. No existe, por otra parte, ningún sistema de cooperación permanente entre los países de América Latina para el abastecimiento de productos alimenticios.

El problema de la autosuficiencia alimentaria en la región suele verse, en general, en términos relativamente estáticos. Se tiende a menospreciar el hecho de que el crecimiento poblacional muy elevado de la mayoría de los países latinoamericanos es en sí un factor que absorbe casi cualquier esfuerzo de ampliación de las superficies de cultivo o de aumento de los rendimientos agrícolas. A este respecto es necesario considerar que cada año se añaden alrededor de 10 millones de bocas que alimentar, pero en diez años se sumarán entre 90 a 100 millones. Con sólo multiplicar estas cifras por el número de calorías y proteínas mínimas necesarias por día, se tiene una idea de la magnitud del problema. Sin embargo no termina allí, pues es un hecho que la proporción de población desnutrida o malnutrida es muy elevada —en algunos países latinoamericanos rebasa el 40%. O sea, que a las tendencias demográficas, habrá que añadir la necesidad de complementos alimentarios para las grandes masas desnutridas, desde los desayunos escolares hasta los esfuerzos por mejorar el contenido proteínico de la alimentación urbana. Otro factor, que refleja tendencias de otras partes del mundo, es la mayor capacidad de consumo alimenticio de los sectores de clase media y superior. Esta se traduce en cambios en la estructura del consumo, sobre todo hacia alimentos más ricos en proteínas animales, cuya producción con frecuencia, requiere de insumos importados. También hacia alimentos elaborados que suponen técnicas de producción agroindustrial basadas en suministros de gran volumen de productos primarios que no quedan siempre disponibles para el consumo directo de las zonas rurales. Las políticas internas de precios rurales relativos no siempre se han armonizado en forma que determinen la producción de los alimentos más necesarios para el gran consumo; en particular, es posible comprobar que la producción de granos básicos se sacrifica en muchos países a la de hortalizas y frutas semisuntuarias.

Ahora bien, es evidente que la situación alimentaria actual deja mucho que desear. Sin embargo existen potencialidades importantes que podrían permitir resolver adecuadamente la problemática si se procediera en forma diferente a la que se sigue en la actualidad. Si bien es cierto que existe la desafortunada tendencia a

la utilización de suelos de vocación agrícola para otros fines (asentamientos humanos, industrias, etc.) que no les son adecuados, es también cierto que persiste una buena dotación de suelos para usos agrícolas y pecuarios de distintos tipos. Más aún, todavía es tiempo de regenerar suelos deteriorados y aún no perdidos del todo y de evitar una mayor pérdida en el futuro con una gestión ambiental adecuada de estos recursos naturales. Conviene recordar que América Latina hace entre dos de los océanos más importante del mundo y que posee un mar patrimonial extenso y rico, entre otras cosas, en fuentes de proteína para la alimentación. Al mismo tiempo, es posible comprobar que la población de la región está entre las que menos consume alimentos de origen marino en el mundo, por lo que existe una gran potencialidad aún poco utilizada. No olvidemos tampoco que hay una disponibilidad adecuada de agua, si bien está distribuida desigualmente. Existen zonas áridas y semi-áridas, pero muchas de ellas podrían ser recuperadas y también utilizadas en el futuro. Por último, es imaginable que especies vegetales y animales que existen en relativa abundancia y no son utilizadas en la actualidad, pasen a ser en el futuro, recursos naturales aprovechables como fuentes directas o indirectas de alimentos.

Desde otro punto de vista, es necesario considerar que en América Latina, desde hace varios años, se hace investigación científica sobre problema alimentarios locales; se forman cuadros técnicos bien capacitados en la actualidad para resolver algunos de estos problemas; existe una larga experiencia con diferentes sistemas de explotación de la tierra y en relación a ella se formula y se reforma la legislación agraria; se promueven políticas agropecuarias y es evidentemente posible estructurar sistemas de colaboración interlatinoamericana en materia de alimentos. En suma, existiendo la voluntad política, están dadas las condiciones en América Latina para hacer frente adecuadamente el problema alimentario.

2.1.3. *Menor degradación del ambiente natural.* Si bien parece todavía posible hacer esta afirmación, es necesario relativizarla un tanto porque América Latina, acaso más que otras regiones del mundo, está sufriendo el doble embate de lo que podríamos llamar, por caricaturizarlos, el deterioro ambiental propio de la pobreza y el deterioro ambiental propio de la prosperidad. En efecto, la falta de capitales y tecnología adecuada en la explotación del agro lleva, por ejemplo, a graves deforestaciones y pérdidas de suelos fértiles. Al mismo tiempo, la industrialización acelerada, realizada con frecuencia sin dar mayor atención a los impactos ambientales, lleva a deterioros graves de los suelos, el agua y la atmósfera por contaminación y a la invasión del campo por el asfalto. En otras palabras, el proceso de deterioro ambiental ha cobrado un ritmo progresivamente acelerado. Sin embargo, debido a la extensión de su

territorio y a que sus ecosistemas comenzaron a ser recargados en los últimos decenios, es posible afirmar que el deterioro ambiental es aún comparativamente menor que el de otras regiones, y sobre todo, que aún es tiempo y que sería posible detener el proceso si se mejorara la evaluación y la gestión del ambiente.

2.1.4. *Existencia de ecosistemas de gran riqueza potencial.* América Latina cuenta con grandes ecosistemas tropicales, particularmente bosques tropicales húmedos. Es perfectamente previsible que éstos puedan ser usados en el futuro como fuentes de alimentos y energéticos sin grave degradación. Sin embargo, existe una clara desventaja actual para su utilización puesto que las tecnologías de mayor rendimiento en la actualidad, particularmente para la explotación agrícola, han sido generadas y perfeccionadas en países con ecosistemas muy diferentes (hemisferio norte) y que de hecho no tienen trópico. La simple transferencia de dichas tecnologías hacia el sur ha significado desaprovechamiento y destrucción de éstos ecosistemas. Resulta fundamental que el hombre aprenda a utilizar los ecosistemas tropicales y otros como los áridos y semiáridos, lo que implica la generación endógena de tecnologías adecuadas y, por lo menos, un complejo proceso de ajuste a las condiciones ecológicas locales.

2.1.5. *Accesibilidad al resto del mundo.* Existe el hábito de estudiar el mapa mundial con el centro en Europa. Si lo observamos vemos que América Latina está lejos de Europa y lejísimo de Asia. La realidad es otra, puesto que si centramos el mapamundi en América Latina, esta región, por intermedio de los dos grandes océanos que la circundan, está a distancias variables pero no excesivas de África, Oceanía, Europa y Asia, además de formar un conjunto con América del Norte.

2.2. Aspectos relacionados con el componente civilización

2.2.1. *Características demográficas y de salud.* La dimensión crecimiento poblacional es, sin duda, uno de los problemas graves en el contexto de la problemática global. Si bien América Latina acusa aún índices muy elevados de natalidad, existen síntomas auspiciosos de que éstos comienzan a disminuir gracias a una compleja interacción de factores. Por una parte, el aumento del nivel de vida de algunos sectores de la población y progresiva urbanización de ésta, comienzan a mostrar un efecto positivo en el sentido de cambios en las actitudes tradicionales de la pareja hacia el número de hijos deseados; ello se refuerza con los programas de planificación familiar que alcanzan éxito creciente en algunas naciones de la región. Por otra parte, la mejoría indudable de los índices de salud (debido a

más agua potable, más adecuados y crecientes sistemas de drenaje, una mayor cobertura médica y una medicina más eficiente), tienden a reducir la mortalidad infantil y de los menores de 5 años. Aumenta proporcionalmente el sector de la población en condiciones de producir y, por lo tanto, de contribuir a la satisfacción de las necesidades de la población total (aunque en algunos países el incremento de la población en edad de trabajar será, durante los próximos dos decenios, superior a su posibilidad de absorción en el empleo productivo).

Sin embargo, aun teniendo en cuenta los cambios mencionados, la tasa de incremento de la población sigue siendo superior al promedio registrado en grandes extensiones del Tercer Mundo, lo que presenta problemas de consideración a futuro.

2.2.2. *Mayor grado de urbanización.* América Latina cuenta con un nivel y una tasa de urbanización superiores a los de la mayor parte del Tercer Mundo. El que una mayor urbanización represente ventajas o desventajas, o qué combinación de ambos, es aún un tema abierto a discusión. Pensamos sin embargo que, para partir, como es forzoso hacerlo, del modelo más existoso imperante en el mundo de hoy, una tasa de crecimiento mayor de la población urbana representa ventajas ciertas para disminuir el índice de natalidad, proveer a la población de educación y salud, generar conocimientos y tecnologías útiles y organizar el proceso productivo en mejor forma. No se nos escapa que la mayor urbanización, sobre todo como se da principalmente en América Latina, con la constitución de megalópolis de crecimiento muy acelerado, la existencia de unos pocos centros urbanos de consideración y con el surgimiento de barriadas marginales habitadas por la población recientemente inmigrada de las áreas rurales más pobres (urbanización descapitalizada), incide negativamente en el medio ambiente y en la calidad de la vida en los asentamientos humanos. La falta de buenos sistemas de transportación pública agrava el problema al inducir un uso excesivo y dispendioso del automóvil particular. Sin embargo, no es utópico pensar que una planificación regional y urbana más adecuadas, para lo cual hay condiciones y cuadros técnicos, podría reducir la incidencia y gravedad de esta parte del problema.

2.2.3. *Inadecuada distribución del ingreso y la riqueza.* En América Latina se comprueba una distribución muy desigual del ingreso y la riqueza. Aproximadamente del 5 al 10% de las familias de más alto ingreso concentran del 40 al 50% del ingreso nacional (regional) generado, mientras que, a la inversa, del 40 al 50% de más bajo ingreso recibe apenas del 5 al 10% del total, con algún mejoramiento gradual de los tramos intermedios. Esto condiciona la existencia de sectores de la población que padecen

lo que se ha dado en llamar pobreza crítica y, por otra parte, de sectores de gran prosperidad familiar que tienen acceso al consumo suntuario nacional e internacional y a los niveles de educación y conocimientos más refinados. La "alianza" de grupos tan dispares se hace difícil y se comprueba un proceso progresivo de marginalización de grandes sectores de la población. Parece difícil en la actualidad poder insertar a éstos últimos en programas de adiestramiento que los convierta en un verdadero aporte al proceso productivo. Más difícil aún parece el poder interesarlos y hacerlos partícipes, desde el comienzo, en cualquier proyecto global que pretenda resolver la problemática a que nos referimos.

2.2.4. *Experiencia en el uso de tecnologías avanzadas.* América Latina, en comparación con el resto del Tercer Mundo, ha estado expuesta durante un tiempo mayor al uso de la tecnología moderna y esta experiencia debiera permitirle aprovecharla mejor. Es cierto que este hecho también ha determinado una mayor dependencia respecto a la tecnología importada y una gran pasividad en la generación de tecnología endógena, e incluso frente a la adaptación de tecnologías importadas. Pero habida cuenta de la experiencia y conciencia de los efectos negativos que se producen, hay en la región mayores posibilidades potenciales que en gran parte del Tercer Mundo para proceder a la creación y a las adaptaciones creativas de tecnología que se ajusten mejor a las condiciones locales (ecológicas y sociales), sin que por esto deban ser bajo nivel de eficiencia y/o afinamiento. Además, la experiencia ganada podría proveer a la región de una capacidad más lúcida en la selección de diferentes opciones tecnológicas, faltando sólo la voluntad política para planificar un verdadero proceso de selección. Es conveniente aclarar que al referirnos a tecnologías no estamos pensando sólo en la tecnología dura (hardware), sino también en la serie de formas y sistemas de organización social que se utilizan de hecho para acometer el proceso productivo.

2.2.5. *Existencia de recursos científicos y técnicos.* América Latina cuenta con científicos y técnicos de buen nivel e incluso con instituciones de investigación científica y tecnológica de buena calidad. Es cierto que son insuficientes para enfrentar la totalidad del problema, pero lo son menos que en otras regiones del Tercer Mundo. Puede afirmarse que en muchos países existe ya una masa crítica. Por lo demás, sería posible, a través de una política diferencial que inspirara la acción de científicos técnicos y de las instituciones pertinentes, lograr un rendimiento mayor en la solución de los problemas de la región misma y que no se continuara en una actividad que es fundamentalmente satélite de aquella de los centros científicos del mundo desarrollado. Probablemente, sería posible

rescatar a muchos científicos y técnicos latinoamericanos que hoy en día laboran fuera de la región y que podrían integrarse a la realización de un proyecto latinoamericano más útil y viable. Es justamente esta masa crítica actual y potencial lo que haría posible la generación y adaptación creativa de tecnologías que se mencionan en el párrafo anterior.

2.3. Aspectos relacionados con el componente cultura

2.3.1. *Dependencia de la cultura de Occidente.* América Latina es hija muy directa de la cultura occidental. A ésta se agregan, en diferentes proporciones según el área geográfica, elementos de culturas autóctonas precolombinas y algunos elementos de culturas africanas. El ethos cultural característico de occidente —básicamente europeo, al que se agrega lo particular de Estados Unidos— logró imponerse y prácticamente hacerse propio en la Región, por lo menos como esperanza de solución y guía conductual. Cualquiera que sea el proyecto que hagamos para el futuro, es indudable que éste no podría evitar considerar como punto de partida el modelo cultural occidental. Desde este punto de vista, esta "dependencia" cultural y la experiencia continua de varios cientos de años en su utilización, pueden contar como una ventaja comparativa frente a otras regiones del Tercer Mundo donde, o bien existe, o está superimpuesta sobre culturas diferentes. Sin embargo, esta característica también es causa de la tendencia a copiar extensamente en la búsqueda de conceptos y soluciones, tomando en conjunto lo que se aplica y lo que no se aplica, lo que sirve a nuestras propias características y también aquello que no es realmente posible utilizar. Existe por lo tanto, una cierta pasividad dependiente que paraliza la imaginación creativa e incluso lleva a desechar soluciones y maneras de abordar problemas que surgieron en el pasado (civilizaciones precolombinas) o que aún surgen ocasionalmente. Hemos comentado como esto ocurre con la tecnología, pero es posible ver otras áreas de la conducta social donde es muy notorio, como por ejemplo en los proyectos políticos en los que se pretende copiar casi sin modificaciones (la izquierda y la derecha), sin atender a las diferencias reales en el substrato económico, social y político, con su consecuente fracaso y la aparición de formas políticas espúreas.

Se comprueba, sin embargo, que en los últimos decenios, en algunas áreas de la expresión cultural, América Latina ha comenzado a evidenciar sistemáticamente una originalidad trascendente. El ejemplo más notable es seguramente el de la literatura y particularmente el de la novela latinoamericana. No se trata de la creación de nuevas formas de expresión artística, pero sí de un aporte original y creativo, dentro del marco de las formas de expresión caracte-

rísticas de la cultura occidental. Lo que es importanté es que tanto en el caso recién citado como en el de otras manifestaciones artísticas e incluso en algunos atisbos de pensamiento filosófico, es posible apreciar la conformación de una forma de ser y de pensar latinoamericana. Entendemos esto como un proceso histórico cultural que implica pasado y presente, y además, sin duda una afirmación futura creciente y vigorosa de una identidad cultural latinoamericana que consideramos condición indispensable para cualquier proyecto futuro.

2.3.2. *Sociedad joven.* A pesar de lo dicho en el párrafo anterior, es necesario también destacar que América Latina es aún una sociedad joven si la comparamos con la mayor parte del mundo desarrollado. Esto debiera condicionar una mayor flexibilidad y plasticidad de sus sociedades para cambios cuantitativos y cualitativos que serán necesarios en un nuevo proyecto. Esta mayor flexibilidad reside fundamentalmente en los sectores numéricamente más importante del continente, pero que son al mismo tiempo los que carecen del poder y en buena medida de la formación occidental a que nos hemos referido antes. Por lo tanto, es necesaria una síntesis creadora que comprenda los elementos de plasticidad y los de inserción en el sistema prevaleciente occidental.

2.3.3. *Orientaciones valóricas frente a la naturaleza.* En los sectores populares, particularmente en las masas campesinas, persiste un rasgo cultural propio de algunas culturas antiguas y de muchos sectores de la población del Tercer Mundo. Nos referimos a un cierto grado de sometimiento o subyugación a la naturaleza que condiciona como valor inconsciente e implícito un nivel importante de fatalismo que se expresa en pasividad y falta de voluntad. Hay poca confianza en las posibilidades del hombre de negociar una relación más adecuada con la naturaleza. Por otra parte, las élites dominantes participan más bien del sentimiento opuesto de dominio sobre la naturaleza, característica del modelo transnacional prevaleciente en el mundo actual. Esta distancia de concepciones valóricas condiciona sin duda una tensión entre grupos de la población que dificulta la participación colectiva en proyectos comunes. Sin embargo, no pensamos que estos rasgos culturales sean inmodificables, sino más bien lo contrario. Lo que importa es la necesidad de tenerlos presentes y de que su cambio sea parte integrante de cualquier proyecto global para el futuro.

2.3.4. *Tendencia a la depredación.* Si observamos la historia de América Latina, podremos comprobar que se ha dado en forma persistente, aún en algunas culturas precolombinas, la tendencia a una utilización arrasadora y devastadora de la naturaleza. Esto

se ha visto agravado por esta misma tendencia en el modelo transnacional industrializador, en su forma de aplicación en el Tercer Mundo. Tenemos aquí otra dimensión valórica inconsciente e implícita en la conducta de los diversos sectores de la población y que condiciona una dificultad importante para la integración de la conservación con el desarrollo.

2.4. Aspectos relacionados con la participación

2.4.1. *Mala experiencia participativa.* La historia íntegra de América Latina evidencia un bajo nivel de participación de la población en el proceso de toma de decisiones en los diferentes niveles de gobierno. La tendencia a la verticalidad en el ejercicio del poder, manifestada a través de diferentes formas de autoritarismo y caudillismo, ha sido lo predominante. Cualquier proyecto alternativo debe pasar por un mayor nivel de participación real de la población que con frecuencia sabe, en su nivel, lo que necesita y cómo lograrlo. Existen antecedentes, sin embargo, de situaciones particulares ocurridas en comunidades locales, generalmente campesinas, en las que se ha dado una participación mayor. Pensamos que ello ha sido posible, fundamentalmente, por su lejanía geográfica de las fuentes del poder, que por lo demás, cuando las ha alcanzado, termina desbaratando el proceso. Sin disminuir el peso negativo que constituye un rasgo de este tipo para lograr un proyecto alternativo futuro, es preciso reconocer también que este largo proceso de búsqueda (más de 150 años) de formas de afirmación nacional puede convertirse en ventaja. En efecto, América Latina ha recorrido caminos y ensayado formas de organización política social que otros pueblos recién comienzan a explorar. Tal como se ha visto en la historia y como se ve en los individuos, llega un momento en que la acumulación de experiencias, de todo orden, produce cambios que constituyen realmente un salto cualitativo. Esto puede ocurrir o bien la oportunidad puede perderse, pero resulta interesante que América Latina esté aparentemente llegando a una encrucijada en el momento que la coyuntura mundial señala la necesidad de encontrar un nuevo orden o una nueva modalidad de desarrollo.

2.4.2. *Concepción más sólida del estado nación.* Si se compara América Latina con otras partes del Tercer Mundo, se comprueba que la concepción de la Nación y del Estado está mucho más claramente asentada. Es éste un rasgo característico que puede condicionar un nivel de organización mayor y más adecuado para cualquier perspectiva futura. Sin embargo, no debemos desconocer que esto se relaciona con la dependencia cultural del modelo europeo, ya comentada, y que puede bien convertirse en una limitación que im-

ponga rigidez a futuros proyectos. En todo caso, como punto de partida y por estar en mayor consonancia con el sistema prevaliente internacionalmente, puede ser un elemento útil.

2.4.3. *Tendencias recientes a la participación trans-fronteras.* Se ha perfilado en los últimos tiempos una tendencia a plantear en América Latina y a llevar a la práctica con diferentes grados de éxito programas de cooperación transnacional bastante pragmáticos. De alguna manera, la inspiración del ideal bolivariano de la unidad del continente se comienza a ensayar tímidamente, lo que implica un mayor grado de conciencia de cuánto nos necesitamos unos a otros (pueblos y naciones) si queremos ser autosuficientes y superar las conjunturas difíciles. Además de los diversos esquemas de integración conocidos —ALALC-ALADI, Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano, Mercado del Caribe, Pacto Amazónico, etc.— cabe subrayar la creación de las multinacionales latinoamericanas que se ensayan bajo el palio del SELA y muy especialmente, el programa por medio del cual México y Venezuela proveen de petróleo a Centroamérica y algunos estados antillanos en condiciones francamente ventajosas. Se esboza así un espíritu de participación en que las partes no son todavía los pueblos, pero, por lo menos, comienzan a serlo los gobiernos verticales y todopoderosos.

También hay que mencionar otro síntoma auspicioso, relativo a este tema, que es la iniciación de actividades de cooperación Sur-Sur. Esto se evidencia en el mayor intercambio cultural, comercial y tecnológico tanto con África como con algunos países asiáticos. Podemos imaginar el gran potencial de una cooperación si pensamos en la colaboración entre la masa crítica latinoamericana y la experiencia vivida en África y Asia durante milenios. Por ejemplo, con respecto a la utilización adecuada del trópico.

3. AMÉRICA LATINA FRENTE A LAS POLÍTICAS ECONÓMICAS EN BOGA

Ante las crisis que presenta la sociedad global, ¿cuáles son las posibles soluciones reales, las alternativas no utópicas, para los problemas inmediatos y para los de convivencia y desarrollo futuros? ¿Cuáles de las soluciones son específicas para los países industrializados, para los países socialistas o para los países en desarrollo en sus diversas categorías? ¿Cuáles son las soluciones alternativas para América Latina, teniendo en cuenta las crecientes diferenciaciones de sus economías y de sus sociedades nacionales? ¿Cómo armonizar las soluciones para América Latina con las del resto del mundo y las que puedan avizorarse como globales?

En estas materias, los países industrializados de Europa Occidental y los Estados Unidos están buscando, casi exclusivamente, soluciones a corto plazo a sus problemas inmediatos más graves, que

son la inflación y el desempleo y lo hacen mediante la aplicación de sencillas recetas monetaristas y de libre juego del mercado. En esta coyuntura es extraordinario que a la par que se admite la existencia de problemas estructurales en las economías industriales de Occidente —y nada difícil es enumerar esos problemas, de productividad, de actitud hacia el trabajo, de lucha por dividirse el pastel económico y de inflexibilidad para adaptarse a los cambios tecnológicos y a las tendencias nuevas en la división internacional del trabajo y el comercio—, se ofrecen soluciones, y aun se intenta aplicarlas, que no atacan las causas de los problemas sino, cuando más, algunos de sus síntomas.

Son éstas las políticas de corte monetarista actualmente en boga. Tales políticas pretenden limitar el gasto público, sobre todo en las áreas de educación y cultura, seguridad social y servicios de salud (sin tocar los gastos de defensa, más bien aumentándolos en términos reales); restringir la expansión del medio circulante y del crédito como medio de forzar al sector inversionista privado y al consumidor, ante tasas de interés muy elevadas, a moderar sus propios gastos de inversión y de consumo, respectivamente; deteriorar el salario real de la masa obrera mediante presiones impuestas por legislación o por manipulación del movimiento sindical; crear incentivos fiscales a los grupos de ingreso medio y superior, a costa de los grupos de menor ingreso; proteger industrias ineficientes sin inducir el traslado de recursos reales a otras más competitivas; y dejar el ajuste del nivel general de precios al libre juego del mercado. Algunos de estos objetivos y medios son incongruentes entre sí.

Sin negar que en toda política económica a corto plazo, sobre todo cuando existe inflación, puede ser necesario actuar sobre el crecimiento de la demanda, moderándola o restringiéndola selectivamente, es evidente que si todo el peso del reajuste cae sobre la demanda, por vía de la política monetarista, el resultado no puede ser otro que el aumento del desempleo. La evidencia está a la vista, en mayor o menor medida, en todo Europa occidental y en los Estados Unidos. Los pocos países industriales europeos en donde el desempleo relativo ha sido menor, se han defendido en base a no permitir el ingreso de trabajadores de migración temporal o aún de forzar su regreso a sus países de origen en Europa meridional y África del Norte. En los demás, las tasas de desempleo abierto se aproximan al 7, al 8 o al 10% de la fuerza de trabajo y aumentan el cierre de fábricas, la bancarrota y el malestar social, aparte de lo que representan como pérdida de potencial productivo. No obstante las políticas monetaristas y sus efectos sobre el empleo, las tasas de inflación han seguido siendo elevadas.

En varias economías en desarrollo, particularmente en América Latina, que ha sido aquejada más que otras áreas del mundo, por problemas de aguda inflación, se siguen, aún más inexplicablemente,

te, políticas monetaristas simplistas, por presión de grupos ideológicos de derecha, por consejo de supuestos expertos académicos extranjeros y de sus discípulos criollos, y por presión de organismos financieros internacionales. Y esto es aún más extraordinario porque, aun concediendo que en muchos países latinoamericanos las políticas de gasto deficitario del sector público han sido excesivas y despilfarradoras, sin mayor beneficio social para las mayorías, en América Latina es donde con más claridad se han reconocido los problemas estructurales del desarrollo económico y social. No se necesita ser "cepalino" —y la CEPAL, en su momento hizo una aportación técnica al análisis del desarrollo que no ha tenido igual en ninguna otra parte del Tercer Mundo— para darse cuenta que las economías latinoamericanas, que en su origen fueron apenas apéndices de las economías de los países industriales, tropezaron con fuertes obstáculos de carácter estructural desde el momento de su arranque después de la independencia política.

Dichos problemas no fueron iguales a los experimentados en los países europeos o en los Estados Unidos en sus épocas de expansión industrial en el siglo pasado y principios del actual. Basta enumerar algunos de ellos, de sobra conocidos y estudiados, todavía prevalentes o aún surgidos en los últimos decenios: la estructura agraria de gran concentración de la propiedad; la distribución agudamente desigual de la riqueza y el ingreso; el insuficiente desarrollo de la educación, la ciencia y la tecnología; la escasa capacitación de la fuerza de trabajo; la débil infraestructura (transporte, obras de riego y control hidráulico, servicios urbanos); las tasas muy elevadas de fecundidad frente a descensos rápidos de la mortalidad; la excesiva concentración urbana; la falta de integración cultural; la ineficaz y abusiva administración pública; la orientación de la producción hacia la exportación de productos básicos —alimentos y materias primas— controlados por capital extranjero en función de los mercados mundiales y sujetos a fuertes vaivenes de los precios; el deterioro, durante prolongados períodos, de la relación real de precios del intercambio; la escasa capacidad de ahorro y de conversión del ahorro en inversión.

Los países latinoamericanos, además, en su gran mayoría, llegaron tarde a la industrialización, o no la han podido llevar más adelante que manifestaciones incipientes. Y cuando la han intentado deliberadamente, como medio de crear empleo productivo y elevar el ingreso real de las mayorías y fortalecer la posición de la balanza de pagos, han tenido que aceptar una industrialización en base a sustitución de importaciones, generalmente cara e ineficaz, con tecnología importada y sujeta a los designios de las grandes empresas transnacionales. Con frecuencia se ha hecho uso excesivo del endeudamiento externo —pese a los buenos esfuerzos de algunos organismos multilaterales de financiamiento a largo plazo.

Industrializarse, elevar productividad, promover reforma agraria y producción agrícola, crear una infraestructura, ampliar la educación y la capacitación y hacer frente a vastas necesidades de salud y bienestar, no ha sido tarea fácil para las naciones latinoamericanas. Atacar problemas de desigualdad regional interna, afrontar los fuertes procesos de migración entre áreas rurales y urbanas y absorber, en un desarrollo más acelerado, los incrementos rápidos de la fuerza de trabajo que demandan empleo a tiempo completo y con salarios que permitan un mejoramiento de los niveles de vida han sido, en los últimos decenios, factores agravantes. A ello se agrega que la tecnología predominante es, en general, sustitutiva de mano de obra. Además, las condiciones externas, en materia de comercio internacional y financiamiento a largo plazo, han sido en general desfavorables, insuficientes o apenas transitorias.

No obstante, en una forma o en otra, la mayoría de los gobiernos latinoamericanos se ha propuesto, en particular a partir de 1950, promover el desarrollo, con creciente apego nominal y a veces real a las recomendaciones del sistema de las Naciones Unidas y de los expertos más calificados en cuanto a conocimiento de los procesos de desarrollo y a políticas destinadas a mejorarlos. Y debe reconocerse que, habida cuenta de todas las distorsiones y desigualdades, el crecimiento de las economías latinoamericanas en su conjunto ha sido relativamente elevado, sobre todo si se compara con el de otras áreas del Tercer Mundo.

Pero en la coyuntura actual, agravada por las tensiones internacionales y las crisis de los países industrializados, numerosos gobiernos latinoamericanos —antes empeñados en el desarrollo— adoptan recetas monetaristas de corto plazo.

Además de las consecuencias similares a las de los países desarrollados, algunos llegan inclusive a dismantelar el aparato administrativo y a establecer incentivos para la especulación financiera sin mayor orientación del ahorro hacia la inversión real. El resultado es pues peor que en los países industrializados, ya que se crea mayor desempleo, reduce la absorción de la creciente y dinámica fuerza de trabajo joven en el sistema industrial, se agudizan los problemas estructurales internos de competitividad internacional y aún se cancelan las libertades políticas. Y la inflación no se abate, o sólo se reduce a expensas de un desempleo que terminará por frenar la expansión necesaria del mercado interno y que tendrá graves repercusiones sociales y políticas. En algunos casos bajo la divisa del libre juego de las fuerzas del mercado, se intensificará la inflación, se empeorará la distribución del ingreso y se facilita a los sectores especulativos, vía manipulaciones de las tasas de interés en relación con el tipo de cambio, la oportunidad de enriquecerse a costa de un sano desarrollo financiero. En ciertos países, la liberalización de las importaciones y de los movimientos de capital, basada en doc-

trinas monetarias, ni resuelve los problemas de inflación y desempleo, ni ayuda en los procesos de desarrollo agrícola e industrial.

Es importante llamar la atención sobre las políticas a corto plazo de tipo monetarista y, en esencia negativas para el crecimiento del empleo, porque parecen ser lo más divorciado de la problemática a largo plazo. Esta última supondría, fundamentalmente, ordenar el uso y aplicación de los recursos para acrecentar la capacidad productiva de la sociedad, pero no con el fin único de incrementar la producción y la productividad, sino con el objetivo, más amplio y complejo, de orientarlas hacia la satisfacción de condiciones de vida adecuadas y favorables para las grandes mayorías de la población y no sólo para limitados grupos privilegiados.

Muchos países latinoamericanos se encuentran en el dilema de tratar de resolver sus problemas de corto plazo, que consisten principalmente en reducir la tasa de inflación, restablecer la confianza para la inversión y evitar mayor desempleo, y al mismo tiempo, efectuar los gastos básicos necesarios para ampliar la capacidad productiva y crear condiciones tendientes a lograr un crecimiento más rápido del producto. En varios casos se han suscitado graves dificultades por el costo de los energéticos. En otros, hay crisis en el sector agrícola. En otros, los niveles del endeudamiento externo son ya muy altos. Es evidente que conjugar políticas de corto plazo con políticas de largo plazo es una tarea muy compleja en la cual, como se ha demostrado en los últimos años, se cae en el riesgo de no resolver las metas inmediatas ni tampoco sentar las bases para las metas de largo plazo.

La experiencia ha sido en general desfavorable y por ello se hace necesario insistir en el señalamiento de objetivos a largo plazo para que se puedan escoger las políticas inmediatas y mediatas más adecuadas.

4. CONDICIONANTES GENERALES PARA UNA ALTERNATIVA VIABLE.

La problemática del desarrollo abarca metas sociales y políticas así como culturales, además de las económicas. Los criterios hoy aceptados, aplicables tanto a América Latina como a otras áreas del mundo en desarrollo, suponen que se podrá incrementar el producto bruto per cápita en forma constante. Pero que se procurará, progresivamente, una mayor distribución del producto social y que, en particular, se podrán reducir las graves desigualdades características de los países en desarrollo, que en América Latina son en algunos casos muy agudas. Se requiere también incorporar metas ecológicas y ambientales, así como tecnológicas a la planificación del desarrollo, para tener una visión completa de lo que se pretende para la población. En este trabajo se sostiene que es también indispensable reorientar el esfuerzo del desarrollo en función de metas

culturales propias y que para lograr una sociedad futura igualitaria y próspera es necesaria una creciente participación social y política de todos los sectores en el proceso de desarrollo.

Tampoco será posible que América Latina se aisle del resto del mundo, por lo que una parte importante de sus procesos de desarrollo tendrá que ver con las relaciones entre la región y los países industrializados, con los cuales lleva a cabo la mayor parte de su intercambio económico y de dónde recibe tecnología e influencias culturales. Igualmente, será importante para América Latina su relación con las economías de planificación central y con las de otras regiones del Tercer Mundo.

Para cumplir con todas las metas y requerimientos mencionados, será necesario preocuparse de que ellos se relacionen coherentemente entre sí. Tal como lo enunciáramos al comienzo de este trabajo, no sólo es imprescindible hacer cambios en cada uno de los componentes del sistema social, sino que es fundamental lograr que éstos sean coordinados, llevando a modificaciones coherentes en sus interrelaciones y en la articulación con el sistema natural.

En estas condiciones, ¿será capaz América Latina, o el conjunto de países que la componen, de adoptar estos criterios, de pensar o planificar a largo plazo, de preguntarse cómo se va a proveer un nivel adecuado de vida y una estructura social y política favorables a los 530 millones de habitantes que por ahora se proveen para fines de siglo y a los que incrementarán esa cifra en los siguientes 20 años, que se toma como punto de referencia, pero que no es sino un escaso momento en el devenir de la Humanidad? ¿Ofrece América Latina o las partes que la integran, alguna esperanza no sólo para la región, sino para otras regiones y para el planeta en su conjunto?

En relación al mundo en desarrollo se ha generado una amplia literatura sobre "alternativas". Todo ello parte de la conciencia, cada vez más amplia, de que las tendencias actuales en los países en desarrollo no parecen estar conduciendo precisamente a una perspectiva satisfactoria. Además, el ejemplo que ponen los países industrializados del mundo occidental y aún los de economía socialista, no genera ningún ánimo para seguir por ese camino, sobre todo en las condiciones de estructura iniciales. Estos ejemplos fallan porque o no son aplicables, o porque conducen a mayores desigualdades que las existentes o a enajenaciones culturales, o porque son contrarias a la preservación de las libertades políticas que tras ciento setenta años de independencia los países de América Latina no están dispuestos a echar por la borda— no obstante persistentes tendencias totalitarias, de diverso signo, en varios países.

Entre las "alternativas" figuran muchas de carácter utópico, lírico e irrealista. No sería posible ni recomendable regresar a sociedades pastoriles y campesinas, autosuficientes y empleadoras de

tecnologías autóctonas sencillas, a menos que las explosiones nucleares de las superpotencias reduzcan a América Latina a unas cuantas comunidades primitivas. Tampoco parece viable lograr rompimientos radicales con el orden establecido sin cambiar una dependencia —la que se ataca hoy día respecto al mundo capitalista— por otra, en el otro extremo de la bipolaridad, que no ha demostrado su viabilidad ni su compatibilidad con la plena participación de la sociedad civil. Algunos ensayos intermedios de economía en gran parte socializada pero con pluralismo político, no se han planteado con seriedad, o al menos en forma que pueda asegurarse su supervivencia en el medio latinoamericano e internacional. La economía mixta, tal como se ha practicado, ha intensificado de hecho los problemas estructurales que no podrá ignorar. El peligro de continuar con las tendencias actuales es el de seguir promoviendo la ineficiencia, la corrupción y el poder omnímodo que se tiende a dar al Estado, sin garantía de lograr un desarrollo sano y participativo. Si, en cambio, se sigue el modelo de la libre empresa, la no intervención del Estado y el juego de las fuerzas del mercado, no se acometen los objetivos sociales y económicos básicos de una nación, ni siquiera de reducir las desigualdades existentes, y ese modelo puede, de cualquier manera, llevar a la ineficiencia, la corrupción y el poder autoritario (todo ello en nombre de la libertad).

¿Podrán los países latinoamericanos, o algunos de los principales, hallar un camino ya sea intermedio o por lo menos viable, descartando extremos irrealizables o inconvenientes? Parece necesario partir de lo actual y existente. Ello no supone negar, al menos teóricamente, la posibilidad de que todo fuera distinto con sólo la implantación revolucionaria de un nuevo sistema. Pero las experiencias conocidas no han demostrado mayor éxito. Por otro lado, el desarrollo de los últimos treinta años en América Latina no ha sido totalmente negativo sino que, como se ha indicado antes, la región posee muchos elementos favorables, que se encuentran en casi todos los órdenes: en la industrialización, en muchos ejemplos de mejoramiento agrícola, en las infraestructuras, en el crecimiento del empleo, en las políticas educativas y de salud, en otros aspectos de la política social, en el desarrollo de instituciones públicas y privadas, en los intentos a veces frustrantes y vacilantes, pero en ocasiones fructíferos de integración regional o subregional, en la creciente cohesión latinoamericana frente al mundo del Norte o en común con otras áreas del Tercer Mundo, y en la conciencia de que América Latina, pese a sus diferencias internas y a sus divergencias, existe como una de las regiones del Tercer Mundo de más adelanto, de mayor urbanización, de mejor preparación de sus recursos humanos, de mayor capacidad de modernización.

La perspectiva futura es, sin embargo, incierta y sobre todo, se necesita adquirir mayor conciencia de las diferenciaciones en la región. Algunos países, por ejemplo Brasil, parecen tener una visión de sí mismos optimista, no obstante su problema energético y la existencia del problema del Nordeste, al menos tiene fe en sus recursos naturales y en su capacidad tecnológica. Otros disfrutan de condiciones extraordinarias para lograr metas sociales y económicas significativas, en especial México, nación más estructurada y con continuidad de vida institucional, en base a un aprovechamiento racional de sus riquezas en hidrocarburos. Tampoco debe descartarse a Venezuela, una vez que pueda definir sus aspiraciones más adecuadamente y aprenda, en verdad, a "sembrar el petróleo". Otros, como Argentina, Colombia, Perú, Chile, están en el filo de la navaja, por carecer de "proyecto nacional", por disidencias internas agudas, o por no poder asegurarse de los recursos necesarios para proseguir políticas de desarrollo congruentes a largo plazo. Otros más, entre ellos Bolivia, Paraguay, Ecuador, las Guayanas. Centroamérica y varios de los países antillanos, están en grave desventaja en casi todos los órdenes, y no se encuentran ni medianamente preparados para el siglo xxi. (Cuba —caso especial por su dependencia de la esfera de poder mundial socialista— exhibe innegables adelantos en el área social, pero apenas moderados en el campo económico).

Por otra parte, ante el mundo externo, los países latinoamericanos, según su grado de industrialización y de diversificación de las economías, siguen más o menos insertos en la economía mundial en una relación de dependencia comercial, financiera y tecnológica, con crecientes enajenaciones de carácter cultural, pese a la herencia prehispánica y a la de cuatrocientos años de cultura hispano-lusitana. En los últimos años, la gran parte de los esfuerzos políticos internacionales de América Latina, en el seno del sistema de las Naciones Unidas, se ha dirigido a insistir en los planteamientos del Nuevo Orden Económico Internacional. Como bien sabemos, todas estas negociaciones o diálogos se han estrellado ante la posición más o menos solidaria de los países industrializados, temerosos de ceder poder económico a los del Tercer Mundo, y ya escaldados por el empuje de la OPEP. No se pueden negar ni el valor moral, ni el técnico, ni el político de los planteamientos del Tercer Mundo, o de la parte de ellos agrupada entre los No Alineados. Pero, sin hacerlos a un lado, es posible que se esté prestando demasiada atención, al menos en América Latina, a los aspectos más bien formales del diálogo Norte-Sur: los convenios, los códigos, las resoluciones en la Asamblea General de las Naciones Unidas, la gran ostentación de principios, normas y pormenores del comercio internacional, los precios, las inversiones, la conducta de las transnacionales, la transferencia de tecnología, etc. En cambio, parece

ser que en América Latina no se ha creado suficiente conciencia de que muchos de los términos de la problemática Norte-Sur están cambiando, o han cambiado ya, sea en esa misma dimensión o en la dimensión global, planetaria.

En resumen, la perspectiva para América Latina, si bien tiene numerosos e importantes aspectos favorables, no es susceptible ya de algunas de las simplificaciones que se han venido haciendo durante los últimos veinte años. Las condiciones externas son distintas según el país o la subregión de que se trate, tanto en lo político como en lo económico. Las diferenciaciones entre países latinoamericanos son en algunos casos muy fuertes y los intereses de los distintos países no son necesariamente coincidentes.

El "frente común" que alguna vez ha presentado América Latina hacia el resto del mundo no es ya tan solidario en la realidad, no obstante la frecuente retórica latinoamericanista de muchos gobiernos. Frente a los problemas tradicionales que caracterizan la condición de las economías latinoamericanas como economías dependientes, han surgido problemas que, sin ser totalmente nuevos, han adquirido dimensiones e intensidad mucho mayores que hace quince o veinte años. Es por ello oportuno hacer referencia a algunos de ellos y a sus consecuencias.

5. ALGUNOS PROBLEMAS ESPECÍFICOS DEL LARGO PLAZO

El propósito de esta sección es llamar la atención acerca de algunos de los principales problemas que afectarán necesariamente la perspectiva de largo plazo de América Latina. Entre ellos cabe mencionar la necesidad de incrementar la producción de alimentos, la crisis de los energéticos en algunos países grandes y pequeños de la región, los nuevos problemas del medio ambiente que originan la industrialización y la modernización agrícola y el perenne problema de mejorar los niveles educativos, así como la urgencia de desarrollar la ciencia y la tecnología con base en criterios de interés nacional y regional a largo plazo.

El caso de los energéticos quizá sea el más dramático (aunque no específico de América Latina). Es evidente que la lucha por mantener y aún mejorar en términos reales el precio de los hidrocarburos (vía OPEP y por otros medios) y por hacer a los países industrializados conscientes de la necesidad de economizar energía y planear alternativas a futuro que no dependan tanto del petróleo, no ha beneficiado por igual a todos los países latinoamericanos. ¿Qué entusiasmo pueden tener los países centroamericanos, los del Caribe o cualquier otro deficitario en hidrocarburo por los fieros planteamientos tercermundistas de Venezuela y México? Brasil, el mayor importador de petróleo de América Latina, empeñado en una vasta industrialización, ha sido llevado a crisis muy agudas

por el alza en el precio de los energéticos, y difícilmente podrá sustituir los hidrocarburos por energía de biomasa o nuclear en el plazo intermedio. Ante el precio del petróleo y sus consecuencias en el desarrollo de los países más débiles de América Latina, ¿qué se ha hecho, en el seno de la integración o la convivencia intralatinamericana, para acometer a largo plazo el problema energético, del que depende casi todo lo demás: agricultura, industria, vida urbana, etc.? Pueden citarse dos o tres acciones loables: el convenio Venezuela-México para abastecer a Centroamérica y algunos países del Caribe de productos del petróleo, mediante pago parcial en créditos blandos, la creación de la OLADE (Organización Latinoamericana de Energía) y algunos ofrecimientos de asistencia tecnológica a países con potencial en hidrocarburos. La idea de un Plan Mundial de Energía ha tenido poco eco, aún en la propia América Latina.

Otra área que requiere inmediata atención es la del abastecimiento de alimentos. Se ha citado ya el potencial de producción de alimentos que tiene América Latina. Pero es un potencial distribuido desigualmente y las políticas agrarias y agrícolas, conjuntamente con las condiciones ecológicas y climáticas, han conspirado en contra del objetivo de lograr un alto grado de abastecimiento alimenticio con producción nacional o al menos regional.

El problema alimentario tiene también una importante dimensión internacional. En la medida en que algunos países latinoamericanos deficitarios en alimentos tengan que depender de importaciones provenientes de los grandes centros cerealeros del hemisferio norte o del mismo sur, se incurre en doble riesgo: el de que otras zonas en África o Asia, aún más deficitarias que América Latina, se lleven la prioridad en los abastecimientos (y no hay por qué excluir de esa demanda la voluminosa que ejercen algunos países de economías socialistas) y el de que, en parte como consecuencia de ello, los alimentos se vuelvan tan caros como el petróleo. Para algunos países latinoamericanos, ello significará un lastre pesado en el caso de los deficitarios en hidrocarburos un doble lastre en sus esfuerzos por desarrollarse.

En la actualidad, la prioridad que debiera tener la producción agrícola, donde ella tiene el potencial que se supone, no se refleja adecuadamente en los programas y políticas de muchos países de la región. Es cierto que el encarecimiento relativo de los productos alimenticios en el mercado mundial constituirá un incentivo para mayor producción de los mismos en los países latinoamericanos que tengan aquel potencial; pero, nuevamente, se está ante un caso muy importante, en que los intereses de los países latinoamericanos pueden no ser coincidentes. Los alimentos y su problemática inciden diversamente en distintos tipos de economías latinoamericanas; lo que favorece a unas, perjudica a otras.

El problema de la producción de alimentos es un típico problema de análisis sistémico, con retroalimentaciones al propio problema energético ya citado. Alimentos y energía constituyen un conjunto no necesariamente susceptible de soluciones claras y sencillas. Ni se trata de soluciones que vayan a surgir nítidamente en el contexto del diálogo Norte-Sur, ni en las resoluciones y recomendaciones de los organismos de las Naciones Unidas.

La problemática del medio ambiente en América Latina es importante, pero no es desde luego igual para todos los países. Aunque para algunos hay aspectos internacionales, tanto del mundo externo a la región, como entre países contiguos, el esfuerzo de mejoramiento tendrá que ser fundamentalmente nacional. En ello la cooperación tecnológica del Primero y Segundo Mundos puede ser importante en la medida en que esos mundos orienten esfuerzos hacia problemas particulares de interés para América Latina. Hace falta la formación de cuadros latinoamericanos capaces de enfrentar los problemas del medio ambiente. Entre ellos los diversos aspectos de la sociología urbana y la organización y planeamiento de las ciudades, de sus sistemas de transporte, de los programas de vivienda, agua, drenaje, etc. Se precisará, además, de mayores esfuerzos de creación de conciencia acerca de los fenómenos y problemas del medio ambiente, entrelazados con otros esfuerzos en otras áreas del desarrollo. Es necesario señalar que la conciencia sobre toda esta problemática ha estado surgiendo e incrementándose en los últimos años en la región. Allí están como testimonios algunos interesantes esfuerzos de legislación ambiental, de creación de mecanismos institucionales para enfrentar la compleja temática ambiental y varios proyectos concretos para resolver aspectos específicos de ella.

Puesto que todo desarrollo supone ampliación y mejoramiento de la educación y de la capacitación, y la creación de condiciones de salud, que, aparte de su mérito intrínseco, se reflejen en la capacidad productiva de los recursos humanos, debe hacerse hincapié en que América Latina, con notables excepciones, no se ha propuesto todavía, en la práctica, emprender los grandes programas educativos, de capacitación y de salud que el ejemplo de los países desarrollados —del Primero y el Segundo Mundos— ha mostrado ser esencial. Son materias en que, nuevamente, el diálogo Norte-Sur no tiene gran cosa que aportar, salvo que los organismos internacionales competentes puedan contar con más recursos y los empleen más eficazmente. Aún los esfuerzos de cooperación intralatinamericana en esos campos son débiles, a pesar de muchas buenas experiencias. De la larga historia de los países más adelantados, mucho se puede aprender y la voluntad política latinoamericana existe. Lo que no siempre se tiene son los recursos necesarios para implantar los programas prioritarios, y la capacidad para ha-

cer adaptaciones y aún generar innovaciones congruentes con la realidad.

Lo anterior se relaciona con la falta de políticas de ciencia y tecnología para el desarrollo, pese a los quince a veinte años de discusiones en nivel internacional y latinoamericano, con apoyo de organismos internacionales. Ya se ha citado la excesiva dependencia que existe respecto de tecnologías importadas, desarrolladas por los países industrializados en el contexto de sus propias condiciones de base. La contrapartida en la mayoría de los países latinoamericanos, en vez de ser el intensificar los esfuerzos educativo y de formación de científicos y técnicos y fomentar la investigación científica y tecnológica y el establecimiento de servicios de apoyo, ha sido la de confiar demasiado en la transferencia de tecnología internacional. Se ha concentrado bastante atención en reducir el gasto oneroso en regalías sobre procesos y patentes extranjeras, en gran parte de las empresas transnacionales, pero mínimamente en fortalecer y ampliar esfuerzos de investigación que puedan sustituir parte de la tecnología importada, o sirvan para crear tecnologías adecuadas a las necesidades de las sociedades latinoamericanas. Tampoco ha habido gran cantidad de cooperación científica y tecnológica intralatinamericana; antes bien, muchos intentos se han frustrado. Algunos países, los mayores, por su dotación de personal científico y técnico, están dejando muy atrás a los menores. Todo ello se relaciona, como debiera ser evidente, con el problema energético y con el del abastecimiento de alimentos, así como con la orientación de los problemas ambientales y los de salud. Nuevamente, el diálogo Norte-Sur puede favorecer poco a los países latinoamericanos que no hagan un esfuerzo propio para acrecentar su autonomía en política científica y tecnológica, con el respaldo necesario de recursos humanos y materiales.

6. POSIBILIDAD DE UNA SÍNTESIS CREADORA

De ser válidos los razonamientos expuestos en este trabajo —y recalamos que en muchos casos pueden apartarse de lo que ya va siendo el modo convencional de ver los problemas en esferas latinoamericanas—, no hay duda de que en América Latina existe un gran potencial no aprovechado o definido. Sin embargo, la orientación de los esfuerzos sociales no ha sido capaz aún de conjuntar todos los elementos que, interrelacionados, podrían encauzar el desarrollo en forma sostenida hacia niveles de vida más elevados que al mismo tiempo signifiquen mejor distribución y participación de las mayorías. El adelanto en los sectores de producción y la capacidad para generarla no ha llevado consigo una necesaria evolución cultural que defina los valores propios posibles en América Latina, y mucho menos se ha alimentado de una tendencia partici-

pativa de los pueblos, a través de sus sistemas sociales y políticos. Antes bien, el adelanto productivo en la industria y los servicios, en gran parte imitativo del de las culturas y valores de los países de elevado desarrollo industrial, científico y técnico, ha producido enajenaciones en América Latina y debilitado o distorsionado una sana evolución cultural que tenga metas más específicamente latinoamericanas y dentro de la región, las que cada unidad nacional sea capaz de considerar más específicamente suyas. Por otro lado, ese adelanto productivo en la industria y los servicios se ha orientado también, en gran parte, a satisfacer la demanda de las capas superior y media de la población, en función de ingresos y de localización urbana moderna, dejando abandonados a su suerte los sectores rurales y aún los de reciente inmigración a las ciudades.

La civilización industrial moderna de América Latina no se ha difundido a las capas inferiores, ni en productividad, ni en ingresos reales, ni en la provisión de un mínimo aceptable de alimentación, vestido, educación, salud y comunicaciones. En lugar de lo necesario para remediar esta condición de las mayorías, se produce lo que es superfluo; se desaprovechan y aún degradan los recursos naturales; se robustecen estructuras económicas y sociales que no pueden responder a las aspiraciones populares. El deseo y la voluntad de participación, que es la esencia de la democracia representativa y de los sistemas pluralistas y de alternación en el poder, escasamente se fomentan o incluso llegan a ser reprimidos no sólo por los elementos que momentáneamente detentan el poder, sino por los grupos sociales privilegiados, que no aprenden de experiencias ajenas y que no avizoran el largo plazo, contentándose con el statu quo y el corto plazo.

En esencia, nada de esto debe verse con fatalismo, como algo inevitable o irremediable. Antes al contrario, valga la repetición en que incurrimos: está en manos de América Latina, de sus pueblos y de sus gobernantes, cambiar esta situación, dentro de las naturales limitaciones, tanto internas como internacionales, que tiene todo proceso de cambio. Es más, América Latina puede también ofrecer lineamientos y perspectivas mejores a otros países del Tercer Mundo que buscan afirmar su propia personalidad y no necesariamente convertirse en sociedades satélites imitativas de los países altamente industrializados.

América Latina está en necesidad —y nunca será tarde para iniciarlo— de reevaluar su “proyecto” en términos propios y de generar congruencia entre sus metas culturales y políticas, por un lado, y su potencial en recursos y su capacidad técnica y organizativa, por otro. El largo plazo al que indefectiblemente tendrá que llegar la población creciente de América Latina no se podrá alcanzar en condiciones adecuadas por simple inercia, por libre juego de las fuerzas del mercado, por intentos tibios de economía mixta, ni por

decisiones de gobiernos autoritarios. El proceso de previsión y planeación, por lo menos en función de las grandes variables y elementos —industrialización, alimentación, energéticos, medio ambiente, educación, capacitación, tecnología, desarrollo cultural autónomo y ampliación de los cauces participativos— es condición necesaria para hacer frente a los grandes retos que afronta ya América Latina, considerada como tal y en sus partes integrantes y frente a la problemática global.

La diversidad de fuerzas sociales y económicas internas en los países latinoamericanos y las presiones externas, hacen inevitable que el Estado asuma funciones de orientación, coordinación y aún ejecución de programas, no sólo en las áreas de desarrollo social sino en las de gestión administrativa y económica. Sin embargo, no para fortalecer al Estado como fin último, sino para hacerlo instrumento del desarrollo económico-social, cultural y político, integrativo y participativo. Ninguno de estos aspectos centrales puede prevalecer a la larga sobre los demás. Las alternativas a lo actual, al mal camino que lleva América Latina en su carrera al siglo XXI, está a la vista. Las alternativas son asequibles y sólo requieren de voluntad para emprenderlas. Siempre podrán enriquecerse con experiencias ajenas, de cualquiera de los tres Mundos, pero sólo en base a una conceptualización que responda a planteamientos de autonomía y de afirmación de valores propios.

7. COMENTARIO FINAL

Hemos revisado la problemática global que afecta al mundo en la hora actual y la forma que ésta adquiere en la América Latina contemporánea. Pensamos que ha llegado el momento de hacer un alto en el camino y plantear, a partir de un análisis profundo y con amplia participación, nuevas formas de enfrentar esta problemática. En otras palabras, es necesario formular un nuevo proyecto global compartido, el que debiera llevarse a la práctica sin tardanza para perfeccionarlo por aproximaciones sucesivas.

La formulación de un proyecto de esta naturaleza y los vastos y profundos cambios que ello implica en las modalidades prevalentes de organización política, social y económica para el desarrollo, no se alcanzará como resultado del simple deseo ni del voluntarismo. Requiere más bien, reconocer la necesidad de partir de la realidad existente sin idealizaciones ni subjetivismos propios del pensar con los deseos. Esto implica estudiar acuciosamente cómo se dan las interrelaciones y cuáles son sus características en los diversos contextos nacionales y regionales. Implica también flexibilidad para hacer uso de la imaginación creadora en forma continua y estar dispuesto a aplicar importantes dosis de voluntad política, aunque esto conlleve riesgos. Sólo así es dable pensar que

se puedan corregir los problemas existentes y evitar las crisis futuras.

Creemos haber señalado cómo América Latina en su conjunto posee una serie de características que la convierten en un espacio geográfico, social y político con potencial adecuado para enfrentar sus propios retos internos y contribuir a la resolución de los problemas globales. Si bien no todos los elementos que la caracterizan podrían ser considerados positivos, el conjunto parece hacer posible la formulación de un proyecto global.

El nuevo proyecto deberá buscar nuevas formas de articulación entre los componentes del sistema social y de éste con el sistema natural. Parece ampliamente demostrado que los cambios o reformas que se efectúan en uno y otro de los componentes y sistemas —aisladamente— no logran resolver la problemática presente ni evitar la inminente. Por ello el nuevo proyecto debería intentar los cambios coordinados de todos ellos, que produzcan modificaciones en cada uso y en sus modalidades de interacción.

Para que el nuevo proyecto surja como una síntesis creadora latinoamericana, será necesario tener presente consideraciones como las siguientes:

1. Cualquier proyecto viable deberá comprender plenamente los componentes civilización, participación y cultura del sistema social y al sistema natural.

2. Objetivo fundamental del proyecto deberá ser la búsqueda de una articulación adecuada y armónica entre los componentes del sistema social y de éste con el sistema natural.

3. El proyecto deberá tomar en cuenta la realidad concreta existente en la actualidad, en los países de América Latina y en el mundo, que es su punto de partida forzoso.

4. El proyecto implicará una modalidad válida para América Latina en su conjunto, pero deberá permitir al mismo tiempo, la diversidad de soluciones de acuerdo al espacio natural y social de cada nación y localidad.

5. El proyecto deberá también tener en cuenta la posibilidad y conveniencia de agrupaciones regionales y subregionales dentro del conjunto latinoamericano.

6. Cualquier proyecto deberá considerar la compleja situación de determinaciones y efectos que cualquier cambio en una parte del sistema mundial tenga sobre las otras. América Latina no podrá lograr su proyecto aislada del resto del mundo.